



“FLIRT,,

Dib. GORI.—Madrid.

--Quiérame usted, aunque sea por caridad...!
--Hombre; lo siento mucho, pero no llevo nada suelto...



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSELLA

10.—Sólo se usan así



11.—Nadie quiere ir a él

100

1000

SERRIN

12.—Charada

—Ese segunda quinta es cuarta segunda, prima segunda tercera quinta y constituye mi *tercia prima*.

—Caramba; novia bonita y rica ¡Qué suerte la de *todo*!

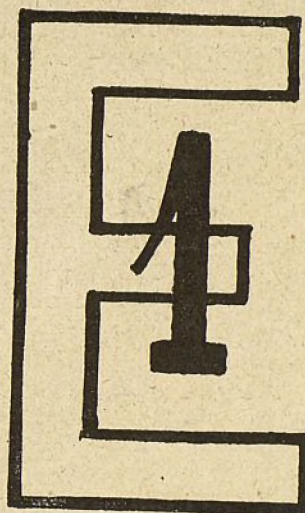
Cupón núm. 3

que deberá acompañar
a toda solución que se
nos remita con destino
a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de diciembre



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6'

13.—Personaje antiguo



—¿Cuánto tiempo piensa usted hablar?

—Cinco minutos solamente.

—Yo le suplico a usted que hable media hora. Necesitan desalojar el local.

De The Humourist.—Londres.

Ayuntamiento de Madrid

POR UNA INDECENTE PESETA

El próximo domingo se pondrá a la venta en toda España,
posesiones de Africa y estanque del Retiro, el

N U M E R O A L M A N A Q U E D E



BUEN HUMOR



P A R A 1927

¡Todos los maestros, todos los «amos», todos los «hachas» del humorismo contemporáneo, tanto del lápiz como de la pluma, se han superado a sí mismos en los originales que, con destino al

NUMERO ALMANAQUE DE «BUEN HUMOR» nos han remitido bajo sobre.

¡¡OCHO planas a todo color, firmadas por esta tontería de caballeros: Sileno, Ribas, Tovar, Penagos, K-Hito y Samal!

48 PAGINAS

en las cuales pueden leerse apatidifusantes originales originalísimos de *Enrique García Alvarez, Ramón Gómez de la Serna, Ernesto Polo, Fernando Luque, Juan Pérez Zúñiga, Enrique Jardiel Poncela, Manuel Abril, Pedro Pérez Fernández, Manuel Lázaro, Francisco Ramos de Castro, Néstor O. Lope, Ramiro Merino, etc., etc...*

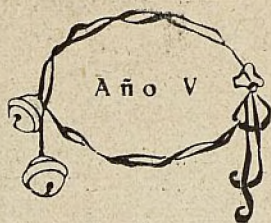
y abundantes y rollizos «monos» firmados por *Bon, Ramírez, Garrido, Areuger, Castanys, Bergstroom, Del Rio, Sánchez Vázquez, Mondragón, Mateos, Quincito* y dieciseis mil más que no cabrían en este anuncio.

Ocho fotografías de «estrellas» famosas. Cuentos, chistes, pasatiempos.

Las mejores firmas, las más elegantes rúbricas

EL NUMERO ALMANAQUE DE «BUEN HUMOR» PARA 1927
quitará el hipo, quitará la cabeza, quitará ¡hasta la tos ferina!

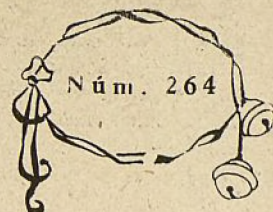
¡¡ U N A P E S E T A !!



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 19 de diciembre de 1926



COMEDIAS RAPIDAS

La desdicha de Louis Leroy

Apocalíptico drama francés, último de la serie, que ocurre en París en el renombrado Barrio Latino

PERSONAJES: Los estrictamente precisos y necesarios y alguno que ni es necesario ni es preciso.

DECORACIÓN: Sotabanco abohardillado y de arquitectura repugnante de un inmueble, sito—y mucho más vulgar, situado—en la calle de Monsieur le Prince.

Un camastro; una silla vieja que hace de lavabo, por lo cual tiene en el asiento incrustada una palangana. Una mesa coja. Montones de libros que sirven de asiento a los moradores del sotabanco. Dos velas de sebo. Una cocina de carbón de encina, y conste que no timo. Bien visible, un acordeón.

Al levantarse el telón, en escena un tramoyista, que se halla encendiendo un cigarro. De pronto se da cuenta de que el telón está levantado ya, y entonces pone una cara de primo muy grande y se va a todo correr. Carcajadas fascistas en el público. Cuando cesa la juerga del "respetable", se enteran uno de que el camastro está ocupado por NINI, preciosa francesilla de unos veinte años que se encuentra enferma de anemia galopante y extenuante a consecuencia de las comidas excesivas que lleva haciendo desde que se firmó el armisticio de la Gran Guerra. En seguida, por la puerta del foro—porque en el foro hay una puerta además de un roto en la decoración—, entra LOUIS LEROY, protagonista del drama que—como todos los per-

sonajes—, es un artista bohemio.

LOUIS.—¡Nini! ¡Nini!

NINI.—(Con voz desfallecida como un accidentado.)—Louis... Mon amour...

LOUIS.—¿Dónde estás?

NINI.—Dans le camastro...

LOUIS.—¡Oh! ¡Mon Dieu! (Va a tientas hacia el camastro, porque se me ha olvidado decir que LOUIS trae los ojos cubiertos por una venda.)

NINI.—¿Encontraste qué comer?

LOUIS.—No... (Con desesperación.) ¡No! (Con ira.) ¡No! (Con tristeza.) No... (Con acritud.) ¡No! (Con agotamiento.) No... Nuestra desdicha es interminable como la procesión de Semana Santa en Sevilla. Nadie quiere mis versos; tu estás enferma en el lecho del dolor, ¡hay, sí!, y yo... yo desfallezco de hambre y de desilusiones y además convalezco de las cataratas en los dos ojos que me operaron el lunes... ¡Mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu! (Sigue diciendo "Mon Dieu" entre dientes hasta el final del drama).

NINI.—¡Oooh! (Solloza.)

LOUIS.—(Abrazándose a ella.) ¡Uuuuh!... (Solloza también.) (Vea el lector qué angustia sufren los artistas pobres en París. ¡Cuántas tragedias parecidas se han desarrollado en las viejas casuchas del Barrio Latino!... ¡Qué mala es la vida y los Hipofositos Salud.)

ERNEST.—(Dentro.) ¡Louis! ¡Louis!

LOUIS.—Llaman. Serán nuestros amigos de infortunio... (Abre la puerta y entran ERNEST, RENÉ, HEURI, JAMES y PIERRE, artistas bohemios que son respectivamente, un escultor, un músico, un grabador, un pintor y un idiota. Les acompañan GABY, THERESE, MARY, ERNESTINE y FRANÇOISE, muchachas adorables que soportan heroicamente la miseria de sus novios.) (Saludos, besos, risas, alegría



Dib. SILENO. - Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

ficticia y, por lo tanto, descacharrante.)

ERNEST.—¿Nada nuevo?

LOUIS.—Nada. Nuestros sufrimientos no acaban nunca.

ERNEST.—(Acordándose de pronto de que es francés.) Mon pauvre ami!... (Le abraza.)

RENÉ.—Todos estamos en igual situación. No podemos comer, tenemos frío y sed de gloria y de justicia... ¡Oh, el arte! El tiene la culpa de todo. ¿No comes? ¡Es el arte! ¿Sufrir? ¡Es el arte! ¿Caminas sobre la nieve? ¡Es el arte!

LOUIS.—Y quedarse hecho un carambano, tienes razón. Mi situación es insostenible. Desde que tengo las cataratas no veo ni gota.

PIERRE.—¡Pues es raro!

LOUIS.—Pero nada me importaría si Niní no estuviese próxima a morir de hambre...

ERNEST.—¿Se va a morir de hambre?

LOUIS.—Sí. Dentro de un ratito; al final del drama.

Todos.—¡Pobre Niní! ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!

GABY.—¡Toma, Niní. Yo guardo un pedazo de pan del mes pasado... Cómetelo. (Sensación.)

HENRI.—(Aparte, a los demás.) ¡Qué rasgo! ¡Qué hermoso rasgo! Privarse de comerlo ella por dárselo a una amiga moribunda...

NINÍ.—(Abriendo los ojos.) ¡Trae, trae! (Le dan el pedazo de pan y después de enormes esfuerzos, consigue morderlo, pero lo tira en seguida.) ¡Sabe muy mal! Me repugna... ¡Sabe muy mal!

LOUIS.—¿Es posible? ¿A ver? (Muerde el pan y lo tira también.) ¡Es cierto! ¡tiene peor gusto que Muñoz Seca!...

NINÍ.—¡Oh, qué angustia! Morir de hambre... ¿Quién me lo iba a decir a mí el día de mi nacimiento?

PIERRE.—Se lo podía haber dicho la nodriza.

HENRI.—¡Calla, Pierre! ¡Tú siempre has de ser el más idiota de todos!

PIERRE.—¿Yo?

HENRI.—Tú, sí... (Discuten durante media hora.)

ERNEST.—¡Silencio! Niní va a morir de un momento a otro! ¡Silencio!

HENRI.—¡Ah! Va a morir... (Todos rodean el lecho de Niní.)

LOUIS.—Niní, Niní...

NINÍ.—Me muero... La vida se me escapa como un prófugo. ¡Pobre Louis! Te dejo... Te dejo solo con estos diez amigos. En lo sucesivo... ¿a quién vas a comprar medias?

THERESE.—Me las comprará a mí, que no tengo; no te preocupes...

NINÍ.—Gracias. Thérèse... Adiós, amigos míos. Muero contenta porque pienso que tampoco vosotros tardaréis en moriros de hambre...

HENRI.—(¡Caray, qué consuelo!)

NINÍ.—Un capricho tengo...

LOUIS.—Dí, amor mío.

NINÍ.—Toca el acordeón, Louis. Quiero morir con música.

ERNEST.—¡¡Alma de artista!! (Louis se pone a tocar el acordeón.)

NINÍ.—Así, así... ¡Oh! ¡París! ¡Bohemia! ¡Barrio Latino! ¡Poincaré! (Fallece.) (Una pausa; todos lloran.)

HENRI.—¡Cubrámosla! (La cubre con una sábana.) ¡Adiós, Niní! ¡Adiós, mariposa de la bohemia! ¡Adiós!

(Rezán y lloran formando un grupo. Louis sigue tocando el acordeón a causa de la velocidad adquirida.)

TELÓN.

EL LECTOR.—¡Dios mío, qué drama! ¡Qué horror!

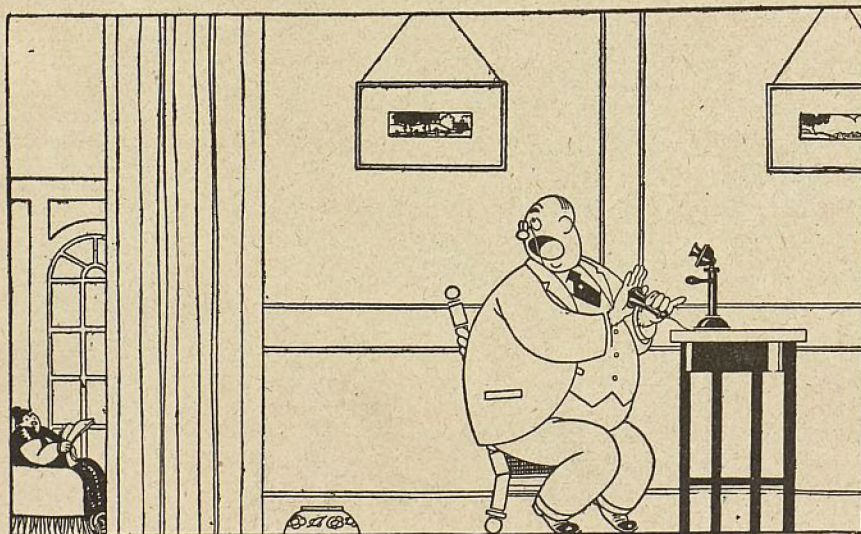
Yo.—La bohemia, caballero, la bohemia.

EL LECTOR.—Usted parece muy enterado de eso. ¿Tiene usted algo de bohemia en su casa?

Yo.—Sí. Las copas de cristal para el champagne.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Advierto al señor Ferrándiz, de Alicante, que no puedo contestar a su carta porque no me envió las señas.



Dib. DEL RIO.—Barcelona.

El caballero (equivocándose al tapar el auricular).—¡María! ¡Ya está llamando ese imbécil de Pérez! ¿Qué le digo para que no venga a comer?

BUEN HUMOR se vende en San Juan de Puerto Rico en la Librería

de don Felipe Campos, Apartado número 961

El señor catedrático de Declamación

El cigarro de un director de escena

A las cuatro de la tarde don Enrique Chicote llega al teatro Cómico. Una bufanda color de piel de rata le cubre hasta las narices. Llega un poco tarde al ensayo porque desde el hotel en que se hospeda hasta el domicilio de Loreto y de éste al teatro, el señor catedrático de Declamación se ha parado delante de todos los escaparates donde se exponen ropas de abrigo y de todas las pastelerías, dulcerías y reposterías.

Esta tarde, como todas, el archipopular Chicote lleva el paquetito de los pasteles de "La flor y nata". Loreto, aterrada por las señales del barómetro, se ha quedado en casa.

—Qué enciendan la calefacción—le ha recomendado a Enrique.

En el frígido escenario del Cómico el ensayo parece más bien un ejercicio de memoria. Al cabo de los años todos se conocen. El director a los actores y éstos a su director.

Chicote los deja decir. El se pasea de arriba a abajo, de derecha a izquierda del escenario, *saboreando* un magnífico puro... de cuarenta céntimos.

Yo sé que los cigarros *habanos* de Chicote son casi tan populares como el ilustre actor; pero, en verdad, esos cigarros son *también* "de teatro": habanos de 0,40. Los verdaderos habanos de Enrique Chicote los guarda para el opulento Eduardo Palacio Valdés. Jamás, al cabo de los años de nuestra amistad, me he fumado un habano *de verdad* de los que guarda el director del teatro Cómico para mi tocayo. Circunstancia que me tiene un poco contrariado, porque yo también me llamo Eduardo y estoy gordo.

Chicote fuma deleitándose, con la imaginación presa del recuerdo de los pasteles de nata.

Julio Castro, el gran actor de la gracia ingenua y popular, mira de reojo al señor catedrático del Conservatorio.

—¡Qué vegueros te fumas, Castrito!

—Me lo regaló ayer el marqués de Fontalba.

—¿Pero no te lo fumaste ayer?

—Ayer me fumé la mitad...

En el escenario se suda la gota gorda, porque está la calefacción a 40 grados; a pesar de ello, Chicote no se ha quitado la bufanda ni el gabán, por temor a constiparse.

El ensayo en el Cómico se reduce a un murmullo que le recuerda al cronista el mosconeado de una escuela a la hora del estudio.

Carolina Fernán-Gómez parece la alumna seriecita, formal. Julia Medero recoge en la penumbra discreta su opulencia bella. Luisa Melchor es la sonrisa triste en medio del corro de risas juveniles.

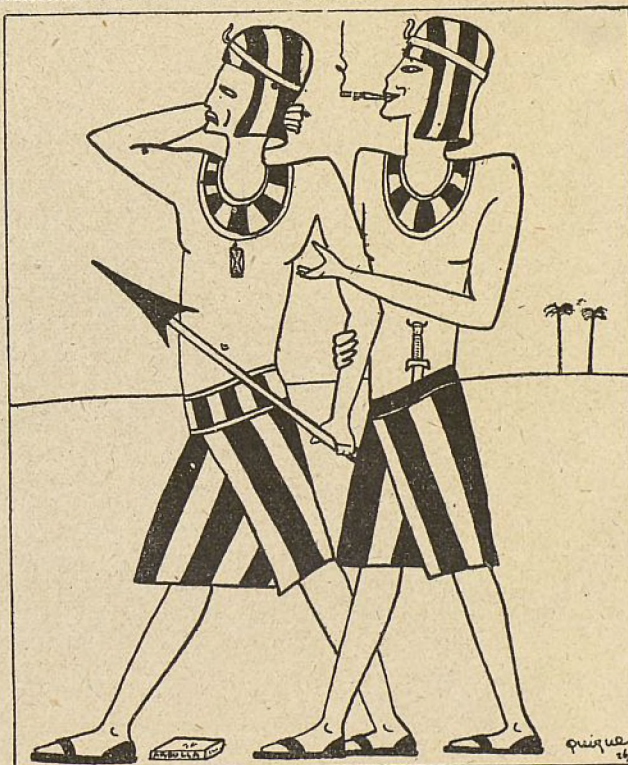
Costa y Melgares *galarnéan*. Cobeña, bosteza. Delgado, está atento al cumplimiento de su deber. Castrito se estudia la lección en voz alta. Entretanto, Enrique Chicote, fuma, pasea, mira al reloj, impaciente por la

tardanza de Loreto, y tiene una mirada de húmeda ternura para sus actores, pensando en sus alumnos de Declamación.

Al fin, llega Loreto, con su perenne quejumbre del frío. La entrada de Loreto en el escenario, envuelta en gabanes y bufandas, es siempre alegre. Chicote, sin haber pronunciado palabra, respira tranquilo. "Ya está aquí Loreto"... Y prosigue el mordisqueo del cigarro.

En días normales, o corrientes y molientes, *esto* es un ensayo en el teatro Cómico, donde lleva treinta años de triunfos el genio de Loreto Prado, la maestría "del hombre del cigarro" y la gracia popular e ingenua de Julio Castro, feliz colaborador de la insigne y sin rival pareia.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



Dib. Quique - Zaragoza.

—¿Qué te pasa, que estás tan malhumorado?

—Que he cogido una torticollis por culpa de esta modita de andar de medio lado...

“BUEN HUMOR” EN PARIS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

CVIII

Aquellos de mis lectores que no hayan estado ningún invierno en París no saben lo que es estornudar con gracia, mojarse las botas con elegancia, tiritar con esplendidez, resbalar con garbo y ponerse negros de humo con indecente exageración.

Aquí cuando no hace viento, llueve; cuando no hace viento ni llueve, hiela; cuando no hace viento ni llueve ni hiela, nieva; y cuando no hace viento ni llueve ni hiela ni nieva, se desborda el Sena, pronuncia un discurso Poincaré, se suben las patatas y se aumentan las adulteraciones del café en los establecimientos céntricos. En suma, que el invierno parisiense es un verdadero regalo y que aquí no hay quien pare en cuanto llega noviembre. Esta gente cree, sin embargo, que todo está arreglado con abusar de la calefacción y, en virtud de ello, los dos millones de chimeneas que tiene París se pasan el día arrojando una humareda densa y alarmante que pone perdidos a los transeúntes y a los edificios y que es

la única razón de ese color ceniza, pardusco, de rata huérfana, que tienen todos los monumentos y casas de esta villa y que tanto choca al extranjero cuando pone aquí el pie por vez primera (que, como lo ponga en invierno, lo tiene que poner forzosamente en uno de los nauseabundos charcos que por clasificación le corresponde).

Deben ustedes, por tanto, renunciar a personarse en este villorrio durante esta época. En estos ámbitos no hay manera de ver el sol, y gracias á que se vea el “Heraldo” que, aunque muy mojado, lo venden en una porción de kioscos; ni tampoco hay manera de conseguir que en la calle tenga el cuerpo una temperatura decorosa. Y menos mal los que, como un servidor de ustedes, encuentran dificultades colóseas para pagar las cuentas del hotel, porque esos días, por lo menos, sudamos la gota gorda y es una bonita compensación, tanto que yo ya he empezado a pensar en no pagar ningún día para ver si así sudo todos y me entono algo.

Otro inconveniente, y no flojo, de la

pertinaz humedad de esta atmósfera frígida y sinvergüenza, es que estropea y desgasta un disparate de cosas que, aunque no valgan nada (y valen aún menos), las tienen estos caballeros en gran estima. Por ejemplo, las construcciones de hierro, que son una infinidad, porque aquí el hierro está barato (menos el que venden los farmacéuticos en píldoras, que es un robo como lo cobran). ¿Y quién no conoce, entre estas construcciones, la reputada torre Eiffel, el puente Alejandro III, la estación del Norte y los inenarrables recipientes urinarios del boulevard Saint-Michel? ¡Pues bien, cada invierno la humedad produce más estragos en ellas, y el hierro de la torre Eiffel está cada vez más tomado; y el del puente Alejandro III tiene un óxido que asusta; y la estación del Norte está de moho que da pena; y los recipientes del boulevard Saint-Michel están de orín que es un asco!

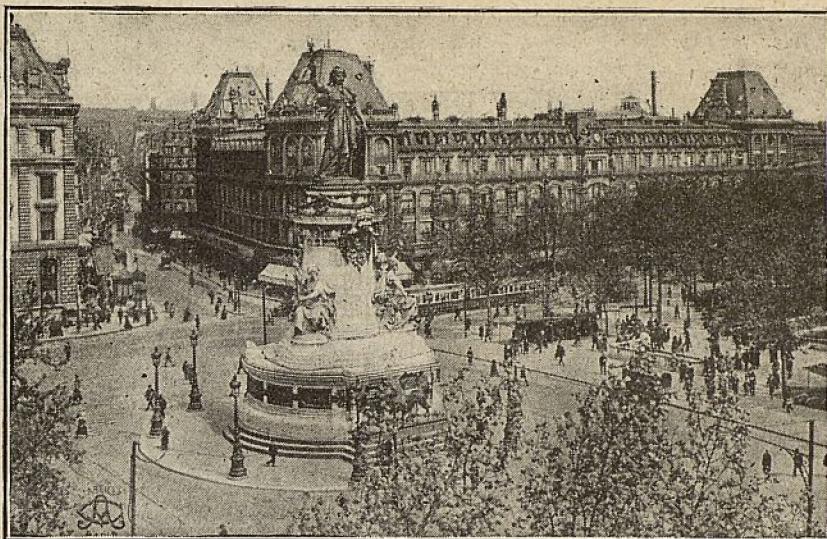
Tal vez por esta poderosa razón de la lluvia sea por lo que París es la única ciudad del mundo en la que las estatuas están en su mayoría con el sombrero puesto. Yo que, cuando vine aquí en verano, calificué la cosa como una falta de educación de los escultores, en invierno me lo he explicado todo. Y hasta me ha parecido una desconsideración el que no hayan puesto a la estatua de Juana de Arco una toca, y de paso una toquilla que tampoco le hubiera venido mal. Y me he fijado preferentemente en la doncella de Orleans, no por monomanía religiosa, sino porque es mujer, y además doncella, y además de casa grande; y lo único que me reconcilia un poco con el escultor es que la ha puesto a caballo para que no gruñan (y quizá para que no se llene de barro los pies).

Todo esto que he dicho, y más que diré otro día si tengo tiempo y ustedes me lo permiten, no es ni la millonésima parte de lo que se podría decir acerca de la bonita temporada invernal que se chupan (en unión de los dedos) los estúpidos mortales que vienen aquí a divertirse en diciembre. Claro es que París en invierno es un derrumbadero de elegancias, según dicen los cronistas de los periódicos se-



EL DIVERTIDO REGRESO DE LAS CARRERAS DE “LONGCHAMP”

Aunque por el epígrafe parece que quiero decir que son las carreras las que regresan no me hagan ustedes caso, que no sé lo que me digo. Los que regresan son los pobres hombres y las pobrísimas mujeres que en este tiempo tan crudo todavía tienen humor para presenciar cómo corren unos cuantos infelices caballos. Y hago mal en compadecer a los caballos, que son los únicos que, como corren lo que pueden, entran en calor en seguida. Los verdaderamente dignos de compasión son esos ciudadanos que se paran para presenciar el regreso, que cuando se publique esta fotografía se habrán muerto casi todos de bronquitis.



"LA PLACE DE LA RÉPUBLIQUE"

Céntrica plaza parisienne, donde he observado que se van cuando hacen novillos la mayoría de los estudiantes de París, que son los que luego salen suspensos y disgustar a sus familias. Y miren ustedes por dónde en París se verifica el curioso fenómeno de que los suspensos tienen una plaza y los aprobados no tienen plaza ninguna. Eso pasa también en España, por supuesto.

rios: los grandes almacenes rebosan de compradores, los museos son chicos para albergar a tanto visitante, en el Metro no cabe un viajero más y en los teatros no caben majaderías mayores que las que se ponen en escena. Debo advertir, sin embargo, que la gente no llena los almacenes ni los museos (que es donde se entra gratis) con propósito de comprarse gabanes ni de emocionarse contemplando obras de Arte. Ayer mismo, en el museo del Louvre, donde se me ocurrió entrar para que me dijeran si "La Gioconda" que hay allí es la legítima o es una tía suya, observé a un caballero que estaba inmóvil ante un supuesto Velázquez, cosa que, como compatriota de don Diego que soy, me puso un poco tonto. Me acerqué, para ver la clase de cara de admiración que ponía el gachó ante la pintura y observé con dolor profundo y ancho que lo que estaba haciendo el sujeto era calentarse las manos en el radiador de la calefacción y que la tabla de Velázquez le tenía tan sin cuidado como me tiene a mí la tabla del pecho de Teresita Saavedra.

Es decir, que quiten ustedes los radiadores al Louvre y allí, en invierno, no entra ni Zuloaga.

Pasa lo mismo que en las iglesias: desde que empieza octubre, se recrudce en París la religiosidad y hay

días que, por milagro, no hay en la puerta bofetadas sonoras para entrar a oír una misita. Y la causa es que hay en ciertos templos una calefacción que aquello es la gloria en francés.

Quiten ustedes la calefacción y allí no entra, no digo que ni Dios porque es exagerar, pero casi, casi.

Mi deber de cronista festivo, pero fidedigno; de cronista estúpido, pero veraz, me obliga a decir las cosas como son.

Y son así, ¡qué rediez!

CIX

Y a propósito de iglesia...

Entre los varios abusos que, a ciencia y paciencia de los forasteros conscientes y de los turistas honrados, comete el idioma francés, figura el incalificable atropello de llamar al altar mayor "maitre-autel".

Y como esto se pronuncia como aquí se pronuncia todo, es decir muy mal (por lo cual yo no entiendo la mitad, y la otra mitad la entiendo menos), acaba de sucederme una cosa que, sin yo tener la culpa, ha hecho que se me rían en mis propias barbas, o, mejor dicho, en donde yo podría tener las barbas si quisiera, tres sacristanes y dos fieles que no tenían la menor confianza para reírse de mí.

Y la cosa ha sido así:

Pretendía yo pasar a cierto templo, que me habían encomiado mucho (y que no nombro porque no quiero hacerle el reclamo gratis). En la puerta, que por cierto no tiene aspecto de dar acceso a un lugar tan serio, me abordó uno de los susodichos sacristanes y me dijo con la pésima pronunciación que ya he criticado antes:



LA ESTACION "MONTPARNASSE"

No es de las más importantes de París esta estación, pero como la Compañía de los Ferrocarriles del Oeste me está agobiando con recomendaciones para que le dedique unas líneas, le dedico éstas, que están bastante mejor que las líneas que la susodicha Compañía tiene a su cargo. Me parece que el bombo no puede estar más correctamente dado.

—¿El señor desea ver "le maitre autel"?

Y yo, ¡infeliz y decentísimo ibero!, entendí otra cosa. ¡Yo entendí "maitre d'hotel", que suena lo mismo!

Y contesté con cara de primo carnal, y en mejor francés que él:

—¡"Pardon, monsieur"!... ¡Me he equivocado! ¡Yo creía que esto era una sacratísima iglesia y resulta que es un suculento "restaurant"!... ¡Pero muchas gracias! ¡Ya he comido!...

Y aquí vino la explosión de carcajadas de los sacristanes y de los fieles que había a la puerta, que en este momento no son fieles difuntos porque yo me había dejado el bastón en la fonda.

El francés, tal como se habla, va a dar lugar a muchos líos y a muchos disgustos.

Y el tiempo me dará la razón.

CX

Uno de los lugares de perdición donde aquí se mete la gente cuando llueve es el local conocido con el nombre de "Hotel Drouot", que no es ni más ni menos que una casa, no sé si muy honrada, donde se venden en subasta pública todos los objetos de arte (y algunos que no son de arte ni de nada), que han pertenecido a personajes célebres y que sus herederos han resuelto enviar a la porra por lo que buenamente les den.

Las subastas del "Hotel Drouot", celeberrimas en el mundo, no tienen vistas en su propia salsa, nada de par-

ticular. Lo único que demuestran es la candidez primaveral de ciertos franceses que son capaces de arruinarse por un chaleco que se puso Landrú o por un reloj de plata que usó Thiers o por una escupidera donde se desahogó Anatole France, o por unas medias de seda de madame Caillaux o por un bastón con puño de cuerno de Coquelin.

Recuerdo, a este propósito, la subasta (a la que tuve el madrileño honor de asistir) del famoso sombrero de Napoleón. Fué una cosa épica. En la sala estaba lo mejor de París. Además, estaba lo peor, que era naturalmente el sombrerito, y que ustedes, por mucho que se empeñen, no podrán figurarse cómo estaba. Roto, empolvado, sin escarapela, con sólo dos cordones... Era una birria histórica que daba lástima contemporánea... Era inexplicable cómo Napoleón había tenido valor para ponerse aquéllo... ¡Era fastidiarse con la capa puesta... y con el sombrero quitado!...

Me enteré de que aquella joya provenía de la colección de Giraud, veterinario jefe que fué de las caballerizas del emperador y que, a pesar de ser veterinario, no había logrado poner bueno al sombrero y lo dejó por imposible... Pues bien, este indescriptible cubre-cabezas fué comprado en el "Hotel Drouot" por ¡cuarenta y tres mil francos!

Que no me atrevo a decir que fueron cuarenta y tres mil francos del ala,

porque el sombrero no la tenía, pero fueron cuarenta y tres mil francos.

Y el comprador, un anticuario seguramente enajenado, todavía tuvo el coraje de gritar ante los circunstantes:

—¡Este sombrero no saldrá de Francia jamás!

Puede estar seguro de ello. ¿Quién va a querer eso?

CXI

Llevamos unos días de niebla que, a las doce de la mañana, no se ve ni gota. No quiero molestarles a ustedes refiriéndoles cómo es la niebla de París, principalmente porque todos los periódicos de Madrid lo han dicho a estas horas. Es una cosa negra, densa, compacta y humosa que me gustaría mucho que lauviésemos en la villa y corte porque sería un modo de que yo pudiese surcar la calle de Alcalá sin que me vieran mis acreedores y sin que yo les viese a ellos, que cada vez que les veo pierdo un año de vida y además pierdo los talones.

Pero en París me molesta esto.

Porque figúrense ustedes la clase de niebla que será, que no puedo seguir escribiendo esta crónica porque no veo las cuartillas.

Y, claro, tampoco la veo la gracia.

¡Perdónenme ustedes y esperemos a que aclare!

ERNESTO POLO

París.—Pâtisserie Ragueneau.—Diciembre.



EPIGRAMAS DE "BUEN HUMOR"

—¿Me das un duro?—le dijo con desvergüenza notoria el sablista Elías Hontoria a su amigo Luis Urquijo.

Y Urquijo, ante tal apuro, dándole un pan de tres días contestó: —¡Ahí tienes, Elías, "un duro"! ¡No lo hay más duro!

Cuando se casó en Segura el gigante Emilio Andión, en vista de su estatura no lo hizo con simple "cura", sino con operación.

Tiene Nicanor España una amiga retrechera

que además es lavandera y se llama Inés Saldaña.

En el Manzanares baña la ropa de Nicanor.

¿Está mal decir, lector, que es lavandera de España?

Julia Mier ha pretendido una plaza de encargada de un evacuatorio; y Rada, el edil, a ello ha accedido.

Y en la sesión de anteayer la defendió con tesón diciendo: —¡No hay discusión! ¡El kiosco es para la Mier!

El boxeador Ruperto

pegó un trompazo a Daranas, ilustre vista de aduanas, y al punto le dejó tuerto.

Y decía Pedro Lista:

—¡Daranas se ha fastidiado! ¡La Aduana le ha recusado porque sólo es medio vista!...

En un mítin en Laredo hablaba con cierto miedo el enano Juan Rivalto y uno le gritó: —¡Más alto!...

Y él le respondió: —¡No puedo!...

NÉSTOR O. LOPE



Don Pascasio (coleccionista de sellos).—¡Me casaría con esa mujer!

Don Mamerto.—¿A su edad, don Pascasio?

Don Pascasio (coleccionista de sellos).—Sí. ¿No ve usted que tiene el sello de elegancia que me falta?

Dib. RAMIREZ.—Madrid.

R A M O N I S M O

T I M B R E S

Los timbres tienen una actitud obediente que nos impresiona. Son criados intermediarios que nunca piden propina. Son leales y a veces son la salvación del que es agradecido, así como la marquesa requerida atrevidamente de amores encuentra en ellos al paje que la defiende.

Hay timbres en palacios de otro tiempo que yo no me atrevería a tocar porque lo más probable es que acudiese una bruja a las llamadas.

En las salas de espera hay timbres que impresionan y que por muy impacientes que estemos no nos atreveremos a apretar.

Hemos sospechado timbres que derribarían el edificio al ser tocados: timbres como los de los museos que concitarían a todos los bomberos a la primera presión y harían sufrir una loción de "Kustos" contra los incendios a todos los visitantes del museo; timbres de ministerio para que la credencial aparezca ya firmada; timbres de teatro que precipitarían la representación; timbres presidenciales que provocarían una votación súbita; timbres para la aparición de un vaso de agua con azucarillo; timbres oficinistas para la traída de más papel de barba o de una pluma nueva; timbres de circo que hacen salir de las jaulas los leones; timbres de alarma que hacen acudir al hombre de la pistola; timbres de fábrica que a su solo funcionamiento hacen que la fábrica comience a moverse y produzca mil pares de zapatos más mientras el gerente se da cuenta de que ha sido una llamada equívoca la que se ha sentido; timbres que provocan la presentación de la cocinera con el cuchillo en la mano y el delantal arremangado..., etc., etc.

Pero los timbres que más atacan nuestra imaginación son los timbres de hotel.

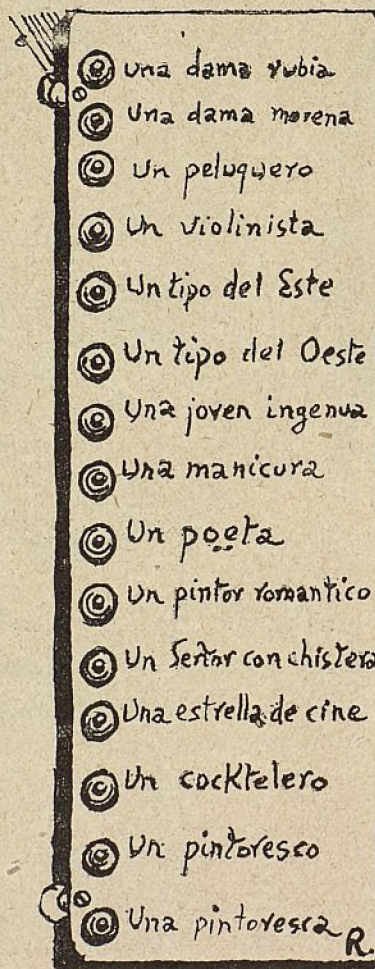
Ya están nuestras maletas en el cuarto que nos ha sido destinado. Ya hemos cerrado la puerta con su trabilla. Entonces lo primero que se presenta a nuestra vista como algo que nos acompaña y que comparte nuestra soledad, son los timbres.

Leemos: Una llamada, la camarera.
Dos llamadas, el camarero.
Tres llamadas, el mozo.

Y al poco rato apretamos dos ve-

ces el botón cuando a quien queríamos llamar era a la camarera. ¿Qué hacer? Llamamos una vez más para ver si arreglamos el asunto y entonces aparece el mozo como dispuesto a llevarse las maletas de nuevo.

Más dentro de la soledad, de vez en cuando miramos los timbres de la pared con sus nombres escritos en letras doradas. Allí están en atenta



fila los tres personajes prontos a nuestra llamada, tan propicios a servirnos en cuanto nos oigan, que el día de la despedida aunque no llamemos a ningún timbre y les pongamos algodones en sus ombligos para que sean más sordos aún, los tres personajes nos estarán esperando en la escalera.

Pero el mundo se transforma y se complica cada vez más, y últimamente, en mi viaje a Norte América, he tropezado con un Hotel Paraíso

cuya lista de timbres me dejó asombrado.

El chofer había insistido tanto en llevarme al Hotel Paraíso que me dejó llevar a él.

Era un hotel alegre, lleno de espejos y de luces y todo decorado con estalactitas de cristal. El conserje, con unas largas barbas, tenía algo de San Pedro y su manera de mostrarnos el ascensor tuvo la insinuación del que envía al lugar de las delicias.

El ascensor—oliendo a flexible quemado como todos los ascensores de hotel—me dejó en mi piso, perdido entre los cincuenta números del sorteo de aquellos corredores. Gracias a que una camarera a la que ya habían hablado por teléfono de mí me mostró el 58.

Ya en mi cuarto fué cuando al volverme me encontré la larga ringlera de timbres, teniendo todos al margen la consignación de su personaje.

En aquel momento me daba cuenta de por qué el chofer tenía tanto interés en llevarme al Hotel Paraíso.

Aquel era el hotel para el autor dramático, el verdadero hotel para los Pirandellos. Con sólo tocar a cinco o seis timbres ya estaba pergeñada la comedia.

¿Pero quién se atrevía a llamar a alguno de aquellos timbres?

Confieso que pasé una noche indecisa y atormentada. No me atrevía a apretar ningún botón y eso que acaricié alguna tecla con verdadera intención de llamar. ¡Era tan irreparable tocar el diente sensible de la dama morena! Después ya no podría evitarse la aparición porque si bien los timbres debían tener una corriente positiva para llamar y otra negativa para poder inutilizar y tachar la llamada, aún no ha sido inventada esa ventaja.

Mi mano izquierda empujó a mi mano derecha para empujar el botón del octavo timbre y ver aparecer a la artista de cine, pero, vuelvo a confesar, que no me decidí.

Al día siguiente pagué mi cuenta abrumadora de sellos del Estado y me alejé con tristeza del hotel de los timbres novelescos que no me había atrevido a apretar, asustado hasta de la aparición del señor con sombrero de copa.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA
(Ilustración del escritor.)

MODA PELIAGUDA

El peinado a lo *garçon*
un nuevo oficio ha creado
para dar ocupación,
con lo de la ondulación
a mucho desocupado.

Quien estaba a todas horas
de perpetuo paseante,
sin dudas y sin demoras,
se transformó en un flamante
peluquero de señoras.

No hay en Madrid entresuelo
sin el rótulo camelo:
"Moderna peluquería
de corte y rizo de pelo
con gusto y economía."

Hoy el ochenta por ciento
de modistas y criadas,
por el capilar invento
de los greñas onduladas,
van hechas un esperpento.

Que cese ese corte ñoño
destructor de los hechizos
del airoso y bello moño,
adornado con los rizos
como flúido retoño.

No dejad que el corte venza
a la larga y linda trenza
de la joven inocente,
sin que a ninguno convenza
ese rapado inclemente.

Cese ya la innovación
que a muchos les deja lelos
y que con la ondulación
destruyó el tirabuzón
y destrozó a los abuelos.

Donde esté una madrileña
que con su mata sedaña
embellece su tocado,
que no se hable de la greña
del corte descabellado.

Solamente a una pelona
suele el tal corte agradar,
que hoy usa hasta la fregona
y si agrada a la jamona
sólo es por coquetear.

Ese gusto afrancesado
es solamente un camelo
enemigo del peinado,
que algún guasón ha inventado
¡para tomarlas el pelo!

RÓMULO MURO



VERSOS CONOCIDOS

Dib. FUENTE.—Madrid.

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte...
(JORGE MANRIQUE)



Dib. FOGUES.—Madrid.

—Me gustaría que mi novio hiciese las cifras más claras.

—Pues ¿y eso?

—Que no sé si me envía mil besos o mil millones de besos.

Facilidades de pago

Uno de los más pífidos lazos que tiende el comercio para cazar incautos es el de las ventas a plazos.

Esa facilidad con que nos hacemos propietarios de una cosa, sin dar más que una quinta, sexta o décima parte de su valor trastorna a los individuos en una forma, que sin pensar que han adquirido el compromiso de pagar, y que el tiempo pasa y los plazos cumplen, se les aparece el porvenir tan rosáceo que aceptan obligaciones que luego les tiranizan.

Las pianolas, esos instrumentos que aun tocándolos con los pies puede uno presumir de tocarlas, han sor-

bido el seso a familias que no han vacilado en adquirir una para solazarse sin reparar en sus seis o siete mil pesetas de coste.

Yo conozco un matrimonio que les remembran en la casa donde vivo por el remoquete de "los mártires de la pianola", que conllevan su frugal almuerzo de judías estofadas oyendo "Mimitos", y que la esposa, en su estrechez económica, no vacila en seguir pagando los plazos del instrumento, diciéndole a su marido en los más difíciles y apasionados momentos: "Contigo pan y pianola".

Pero esta insensatez numeraria no

se detiene en los pianos mecánicos; también llega a los automóviles.

Un amigo mío, para el que la es-



Dib. CASERO.—Madrid.

¿Tienes frío, ninchi?... ¡Acércate a la chimenea, que estarás mejor!...

trechez y el vivir inseguro es una norma, me hablaba en estos términos.

—¡Antonio, me voy a comprar un automóvil!

—¿Es la mala alimentación o el escaso dormir lo que te hace delirar, Luisillo?

—¡Nada de delirio; si es que yo puedo tener "auto" con un desembolso mensual pequeñísimo!

—¡Ah, ya!

—¡Lo que tengo que pagar al mes son total diez duros!

—¡No es mucho!

—Figurate, con quitarme de fumar tango esa cantidad.

—Es cierto.

—Y el resto lo pagamos en una letra a noventa días.

—A eso es a lo que no podrás hacer frente.

—Hombre, ¿dentro de tres meses no voy a tener yo dos mil pesetas?

—¡Yo creo que no!

—¡Es que me renuevan la letra por otros noventa días en ese caso, cargándole los intereses!

—¿Y el sostenimiento del coche?

—¡Eso no es nada! ¿Crees que con lo que me gasto en medias suelas y tacones no voy a pagar la gasolina que me corresponda?

—¡Un poco exagerado me parece!

—¡Y el aceite, precisamente mi

amigo tiene una representación de aceites y grasas!

—¿Y la conducción?

—¡Conducirá mi amigo, y en compensación, hemos quedado en que yo lavaré el coche por las mañanas!

—Pero, ¿en qué garaje?

—Tenemos una caseta de un perro del Monte de San Bernardo, de otro amigo, que la tiene desocupada porque se le ha muerto el perro del mequillo.

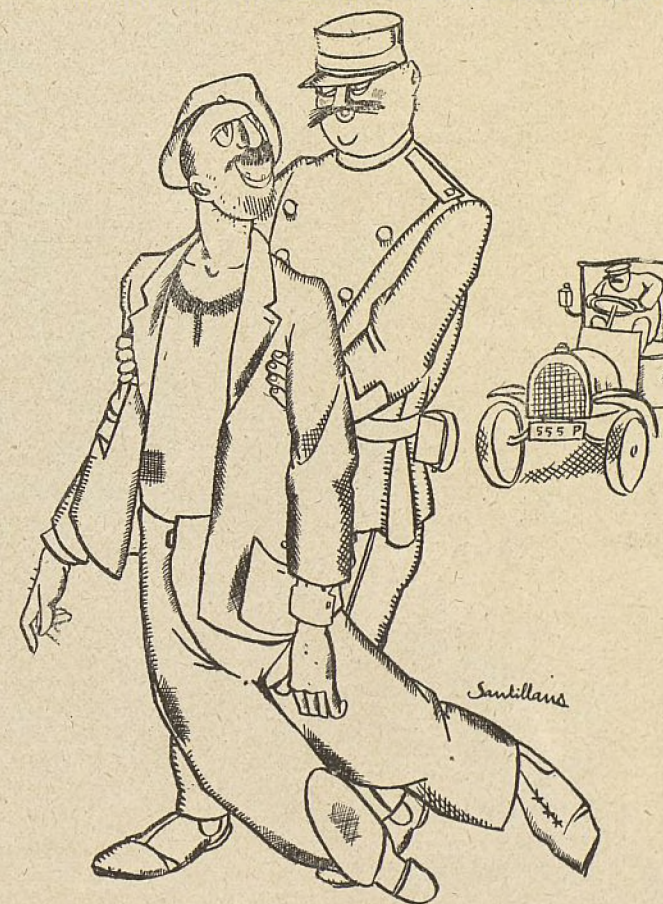
—¡En una caseta no cabe el coche!

—Sí, porque pensamos agrandarla y en el patio armaremos un tinglado.

—¿Y los impuestos municipales?

—¡Hombre, tenemos amigos en el Ayuntamiento, y yo creo que con sacrificarse cada uno de los dos, tres o cuatro veces al mes y llevar en el asiento libre a un concejal cada vez, darán órdenes a los guardias para que no nos molesten!

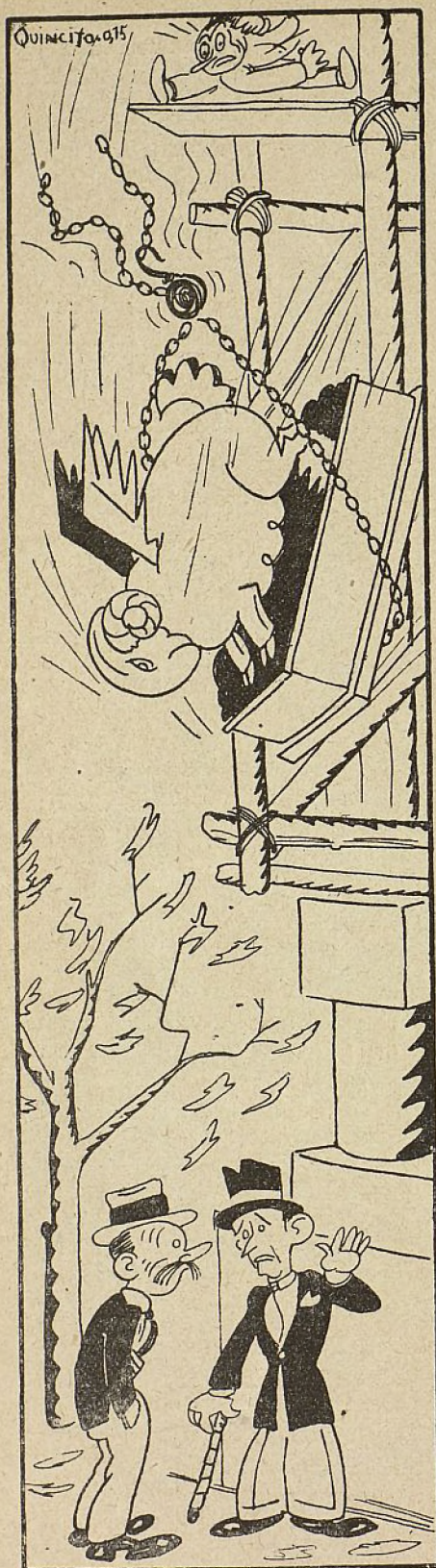
ANTONIO PLANIOL



Dib. SANTILLANA.—Madrid.

—¡Todavía se atreve a decir que no anda borracho!

—Y persisto en ello, gentil representante de la autoidad; cuando estoy borracho, no ando, me quedo en casa.



Dib. QUINCITO.—Madrid.

—Entonces estarán preocupados con todo eso que me cuenta.

—Ya lo creo; como que no sabe usted lo que se nos viene encima.

Por qué asesiné a Gutiérrez

Hay momentos en la vida del hombre en que la conciencia nos muerde y nos remuerde de tal modo que hay que ponerla bozal o que explayarse con la primera persona que encontramos. Este último motivo es el que me induce a contarles a ustedes por qué asesiné a Gutiérrez.

Conocí a Celestino Gutiérrez en un Congreso de buzos esperantistas, ya que Celes, como le llamábamos los íntimos, era uno de esos sujetos extraños que tienen el don de comunicarse con los espíritus y que se ha dado en denominar "mediums".

Nunca he sido un creyente en cuestiones de espiritismo, pero la curiosidad, que como ha dicho muy acertadamente un filósofo de Betanzos, es la madre de todos los vicios y la tía segunda de todos los disgustos, me forzó a aceptar la invitación que para concurrir a una velada espiritista, que había de efectuarse en casa de una tía suya, me hizo con gran insistencia mi amigo Gutiérrez.

La tarde en que la reunión se celebraba llovió torrencialmente. Bajo una tromba de agua me dirigí a casa de la tía de Gutiérrez en donde ya todos me estaban esperando. Celestino, sentado al lado de un velador negro y embutido dentro de una levita que le daba aspecto de saltamontes diabético, me saludó con un gesto. La sesión iba a comenzar de un momento a otro.

Gutiérrez hizo que se apagaran las luces, nos recomendó silencio y a lo seguido puso primero una mano y luego otra sobre el velador. Todos hicimos lo mismo, excepción hecha de un muchacho manco que puso la mano de un almirez.

—¿A quién llamamos?

—Invoquemos al espíritu de Mahoma—propuse.

Aprobada mi idea permanecemos largo rato invocándole. Desconfiábamos ya que llegase, cuando, de pronto, sonó el timbre de la escalera y la criada anunció la llegada de un desconocido. Era el espíritu del profeta.

Celestino se levantó del asiento y nos le fué presentando. Era una forma incorpórea, que saludaba llevándose la mano a una boina de hule con que cubría su cabeza, y que, á todos, nos dió la mano y nos dijo una frase amable.

—¿Estás seguro que es el espíritu de Mahoma?—le pregunté en un aparte a Gutiérrez.

—Segurísimo.

—Bien; comencemos entonces el interrogatorio.

No sabíamos qué preguntar; al fin, uno preguntó, por decir algo:

—¿Te gusta el queso de Villalón?

El velador dió dos golpes; quería decir que *sí*.

—¿Eres el auténtico profeta de la Meca?

Dos golpes más.

No sé cómo, me asaltó la idea de lucirme, de darme postín, ante los amigos que presenciaban la velada. Este fué el motivo que guió a hacer unas preguntas en árabe que aprendí de oírseles a un vendedor de tapices.

—¿*Had ajjubi Ben-Alaki alfongosi jobbi?*

El velador no se movió. Sin duda no había oído bien. Volví a repetirle:

—¿*Had ajjubi Ben-Alaki alfongosi jobbi?*

Igual silencio por parte del velador. Extrañadísimo hice una nueva pregunta:

—¿*Huridegichebbelti ajjoman amin-jarato?*

El mismo silencio. Estaba visto; el espíritu de Mahoma no comprendía una palabra de árabe.

Lleno de indignación descargué tal puñetazo sobre la mesa que se tambaleó el edificio. El espíritu no esperó más; cogió la puerta, se montó en la barandilla de la escalera y desapareció a toda prisa en la noche lluviosa.

Me creí en el deber de obligar a Celestino a que nos diese una explicación. Este la halló inmediatamente.

—Es natural—nos dijo—que el espíritu de Mahoma no haya acudido a nuestra llamamiento.

—¿Qué es natural...?

—Sí; es natural. Está lloviendo a cántaros y... seguramente no tiene paraguas.

Aquella insensatez me sacó de quicio. Empuñé el revólver y le disparé cinco tiros.

Cayó muerto.

Desde entonces nuestra amistad se enfrió bastante.

MANUEL LÁZARO



—Estábamos discutiendo en el café, y Gutiérrez, en un movimiento brusco, me quemó con el puro en la cabeza.
—¿Ves? Ya te lo tengo dicho, que el tabaco acabaría por hacerte daño.

Dib. REINOSO.—Madrid.

Dos anécdotas de José Cenero

José Cenero existió. Fué un hombre de tantos: montó en un tranvía, en un autobús, fué a misa, desayunó casi todos los días, padeció el sarampión, escribió versos, estuvo de soldado en Africa..., etc. Es decir: devanó pacientemente esa larga madeja de cosas pequeñas que es la vida.

Al morirse dejó una mujer, siete hijos y dos anécdotas. A la mujer y a los hijos los recogió la familia de él. A las anécdotas las recogí yo.

Son dos anécdotas, como veréis, un poco frías, secas..., acaso carezcan de gracia, pero..., yo fui amigo de José Cenero y hoy, que yace olvidado de todos, me dije:

—Debes de contar las dos anécdotas de José Cenero.

Y para que mi amigo perdure un poco en la memoria de los hombres es por lo que os las cuento:

Primera anécdota.—En cierta ocasión sucedió que, yendo José Cenero por una calle cualquiera, sin rumbo fijo, loca la brújula de su aburrimiento, se encontró con un chiquillo llorando. Tendría ocho años. Era pequeño y delgado como una cerilla de diez céntimos. Lloraba conscientemente, con ritmo. José Cenero sintió que su corazón se deshacía en una gran ternura. Puso, suavemente, una de sus

manazas sobre la cabeza del chiquillo:

—¿Qué te pasa, monín?...

—Pégome el camarero del Oriental.

—¿Por qué?

—No sé...; porque quiso.

José Cenero no quiso saber más.

—Vamos allá. ¡Animal; pegar a un chiquillo! Ven, monín, ven...; ¡a ver si se atreve a pegate delante de mí!...

Y allá fueron: el chiquillo enjugando sus lágrimas. José Cenero indignado, profundamente indignado, y dispuesto a castigar a aquel bruto. Llegaron al café:

—¿Cuál fué?

—Esi.

José Cenero al contemplar al camarero sintió que su indignación se disolvía, poco a poco, en una extraña sensación muy cercana al miedo. José Cenero hubiese deseado que el camarero qué pegó al chiquillo hubiera sido el del junto a la ventana. ¡Pero éste...!

José Cenero no era un hombre fuerte y el camarero agresor era alto y robusto, y con una cara, poseedora de una expresión tan poco inteligente, que José Cenero comprendió que, cuantas razones adujera, tendiendo a probar que no estaba bien el golpear a los chiquillos, habían de caer en el vacío más lamentable.

Pero, allí, cogido a su mano, estaba el chiquillo lloroso y empavorecido. José Cenero avanzó retador:

—¿Por qué pegó a *esti* chiquillo?... ¡Noi dá vergüenza, mayuelón!

—¿Ye hermanu de él?...

—Noi importa. ¿A que noi pega otra vez?...

El camarero se sonrió levemente. Luego levantó su mano y tal vez sólo por demostrar hasta qué extremo llegaban sus decisiones, pegó una sonora bofetada al chiquillo. José Cenero sintió que se le desgajaban las entrañas; se puso lívido.

—¡Ay, Dios!... ¡Había de ser a mí!... ¡Peguei otra vez si se atreve!

El camarero, obediente, pegó de nuevo.

—¡Ah! ¡Peguei otra vez!

El chiquillo, que se debatía entre las manos de su protector, percibió la tercer bofetada. Entonces, José Cenero, viendo que aquel bruto no se amedrentaba por nada, contemplándose impotente ante los puños del otro, se volvió hacia el chiquillo que lloraba sin consuelo y le aconsejó:

—Mira, monín; marcha. *Valte* más marchar, porque si no, *esti burru* va a *comete* el alma. ...

Segunda y última anécdota.—Pues en otra ocasión sucedió que, hallándose José Cenero en una taberna injurgitando cierta cantidad de ese líquido alcohólico llamado sidra, de la que, por cierto, era un devoto, un compañero, borracho, le pegó una puñalada. Fué una herida sin trascendencia, a flor de piel, pero que le cruzaba toda la espalda, desde el cuello hasta esa zona en que la espalda suele denominarse de otra manera. Ochenta centímetros de longitud tenía la herida.

Estando en cama José Cenero, enfermo aún, el agresor, arrepentido, avergonzado de lo que había hecho, en un momento de borrachera, fué a pedirle perdón.

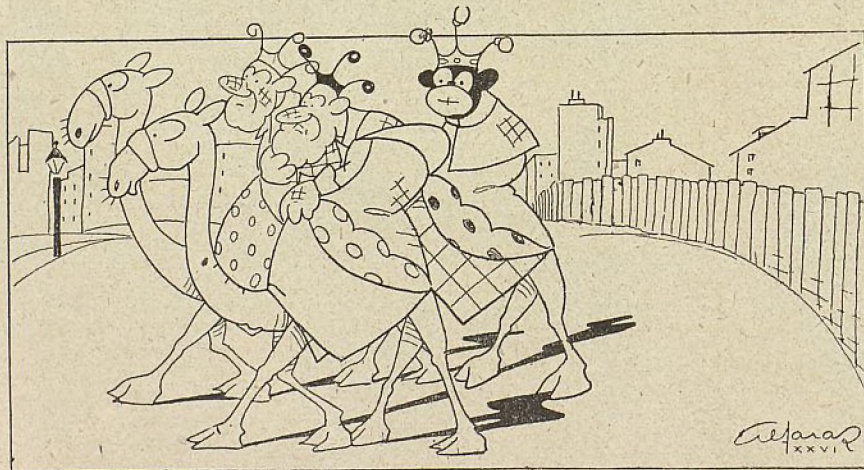
Su mujer, asustada, le avisó:

—Pepín: está ahí *esi*: el que te pegó la puñalada.

Y José Cenero, resignado, recordando sin odio los ochenta centímetros de su herida, mandó:

—Que pase. *Déjalu*, mujer: Vendrá a completar el metro.

ANTONIO ISAAC

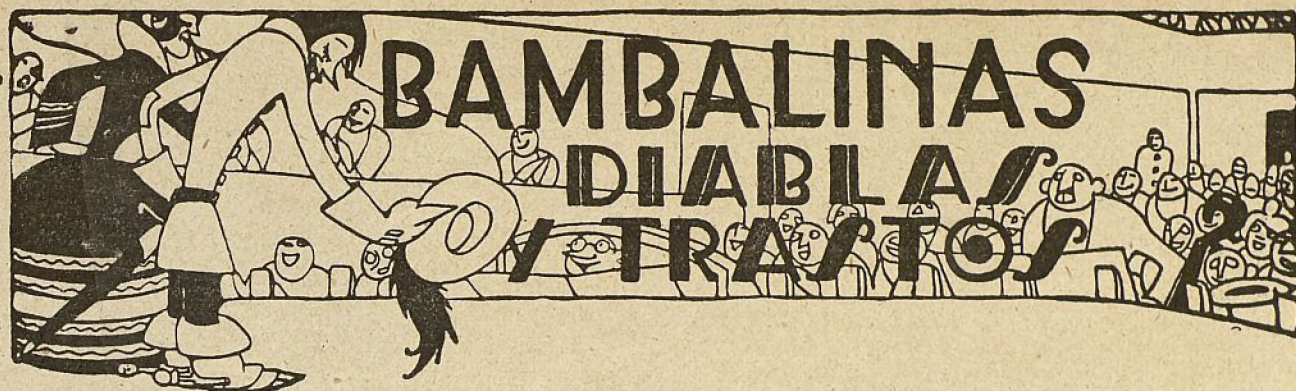


Dib. ALFARAZ.—Madrid.

Don Melchor.—¡Caray! Este bicho no anda nada y temo llegar tarde. Este paso no me gusta nada.

Don Gaspar.—¿Qué paso?

Don Melchor.—“El paso del camello.”



Lo que se dice todo un hombre... de teatro.

—Mire, señor empresario; le traigo a usted un drama.

—Veamos... Ya sabe usted que yo, como casi todo el mundo, siento por usted verdadera simpatía. Un hombre joven, trabajador, con facultades, que a su edad acomete determinadas empresas y acomete a determinadas empresas, merece toda clase de consideraciones.

—Se trata de un drama fuerte.

—¿Qué entiende usted por fuerte? Hay autores que me tienen mareado con eso de las obras "fuertes". Casi siempre, cuando dicen esa palabra, hacen un ademán, así como de estrangular a alguien. Y luego la obra, ya se sabe: o pasa la obra en algún establecimiento poco santo o viene alguna escena en donde se mueren las primeras partes de la compañía, después de lanzar gritos horribles. No conciben que una obra sea de fuerza como no dejen sin fuerzas a los actores que han de representarlas.

—En la mía no hay ni un grito. Es fuerte porque se dicen cosas atrevidas, liberales: cosas contra la moral y las leyes establecidas.

—¿Contra el Gobierno?

—¡No, por Dios!... ¡Jesús me libre!, contra la moral rutinaria, contra la Sociedad, contra las leyes de Dios... Contra todas esas figuras que no reclaman y que no tienen guardias, ni civiles ni inciviles, a su disposición.

—Pero ¿usted se ha hecho ahora subversivo? Pero ¿no es usted el joven a quien han podido echarle en cara moralidades del Juanito?

—Hay que saber siempre, señor empresario, en qué teatro se habla. Yo tengo frases de Sábados blancos para los teatros color crema y frases de Do-

mingos, más o menos Marcelinos, para los teatros color azul mecánico. Hay que tener pestaña...

—No sé si usted se habrá dado cuenta de que la pestaña es una doblez.

—En términos de sastre, sí; yo hablo en términos de óptico: hay que tener vista.

—Y se trata, en resumen...

—De una obra de interés extraordinario. El público está durante casi dos actos tratando de ver si averigua el secreto del drama y no lo consigue de ninguna manera.

—Eso es mucho decir.

—No, señor: me juego la cabeza a que no lo averiguan; ni usted, ni el público, ni nadie. Se trata de un padre y de una hija. Personas honorables, y excelentes. El padre adora a la hija, la hija al padre; sus sirvientes adoran a los amos; los amigos no tienen queja de ellos; no hay la menor sombra ni sobre su pasado ni sobre su porvenir. Y, sin embargo, no paran tres meses en ninguna parte; en cuanto hacen amistades, y son queridos de todos, desaparecen sin decir ni adiós. En cuanto le sale un novio a la hija, la hija y el padre huyen sin avisar y sin dejar ni rastro de su huída. ¿Por qué? Le apuesto a que no averigua usted lo que pasa.

—No vislumbro, en efecto.

—Pues pasa que el padre y la hija no son tal padre y tal hija; son marido y mujer.

—¡Canastos!

—No se asuste. No ocurre nada monstruoso. Ocurre lo siguiente: que ya está usted interesado?

—Hombre, sí. Estoy interesado, pero no precisamente por los personajes, sino por usted. Por los personajes no, porque yo creo tener mis facultades mentales en su sitio y no puede haber humanamente ninguna situación de esa

clase; inhumanamente, sí; con truco, sí; humanamente, no; por eso me intriga no el drama de ellos, sino el truco de usted. "¿Qué demonios se le habrá ocurrido a este tío?" Eso es lo que pienso y me intriga.

—Pues verá usted lo que se me ha ocurrido; lo siguiente: El padre, el que se dice padre pero no es padre, se quedó viudo de una mujer que adoraba, y encontró luego después, una niña, una joven de quince años "que era el vivo retrato" de la mujer que había muerto. Y claro: se prendó de ella.

—Inconvenientes de la fotografía.

—Se prendó pero no la cortejó... Ya tengo yo buen cuidado en esto. Váyase fijando. Yo soy un hombre de vista. Si yo hiciera que se declarase a la niña de quince años un hombre de triple y la pidiera en matrimonio, me expondría a que la niña, la madre y el público dijeran al pobre señor: "Usted está loco, señor mío." Me guardo muy bien de hacer eso. Hago que el hombre no se dé cuenta de su amor y hago que la madre se muera dejando a la hija completamente sola en el mundo, sin nadie en el mundo y sin un céntimo. En esta situación es natural que la madre, al morir, diga al señor aquel: "Cuide usted de mi hija. No la deje sola." Esto, no me lo niegue usted, puede ser natural y conmovedor.

—Conmover y natural.

—Si esta chiquita fuera como cualquier otra, el señor protegería o no a la niña, en metálico o en especie, y nada más. Pero como yo he tenido buen cuidado de hacerla al vivo retrato de la mujer; al hombre se le ocurre lo que se le suele ocurrir a los hombres cuando ven a su disposición a una joven de quince, sea o no retrato de otra; se le ocurre que podía, dicho en términos de croupier "haber una

continuación". Y concibe la idea de protegerla en especie, en la peor especie: casándose con ella.

—Caracoles.

—No me diga usted que eso no es posible.

—Posible, desde luego... La pequeña...

—La pequeña, ¡pobre criatura!, no sabe ni lo que la proponen... La hablan de casarse y dice... Bueno... como podía decir "Bueno" si la preguntaran: "¿Quieres que te compre un zeppelin?" ¿Que ha de decir, pobrecita?

—¡Pobrecita!

—Y se casan... Pero cuando él va a darla un abrazo de esposo, entonces ella se aterra, protesta, y él, viendo aquel terror, corre al espejo a ver qué le pasa y lo comprende todo: es viejo.

—¡Demonio, jovencito! Tenía usted razón al decir que la obra era fuerte. Es un poco fuerte todo eso que quiere usted hacer tragar al "Respetable". Porque un hombre que no se ha mirado al espejo hasta después de la boda, ¡caramba!, es un poco fuerte.

—Pues hay más: hay que el hombre al verse viejo comprende su disparate y dice como los actores en los ensayos: "¡Atrás!... Vamos a comenzar la escena. Yo no debí ser para ti un marido, sino un padre: quede sin consumir el matrimonio, y digamos desde hoy que tú eres lo que debieras haber sido siempre para mí: una hija." De ahí todo el conflicto: de ahí que tengan que huir en cuanto le sale un novio a ella; de ahí todo...

—Comprendo, sí... Pero ¿a usted no le parece que se dan en ese caso de su

drama demasiadas circunstancias improbables y todas ellas juntas? Pase que la chica se parezca mucho a la muerta; pase que además esté en la miseria, y que además se le muera la madre, y que además no tenga ni tíos ni parientes; pase que no demuestre la menor contrariedad ante la perspectiva de casarse con un viejo, dado que este viejo, por muy bonita peluca que se ponga, no ha conseguido, por lo que luego resulta, gustar como galán lo más mínimo; pase que todo eso se dé junto, y pase además, por si todo ello fuera poco, que resulte que un hombre como aquél, serio, honesto y de sensatez capaz de reaccionar como reacciona a las primeras de cambio —o a las primeras en que no puede haber cambio—, piensa, que para proteger a la chica, será mejor casarse con ella; pase todo, y eso que son ya tantos pases que esto no es una conversación, es una faena de muleta.

—¡Caballero!...

—Usted dispense; ha sido un desahogo... Pase todo—incluso el desahogo—pero, ¿me quiere usted decir para qué callan el padre y la hija su condición matrimonial y van engañando a las gentes con lo de que son padre e hija? Allá ellos se conduzcan en la vida privada como gusten y sean, en efecto, sus relaciones paternas; pero ante el mundo deben aparecer como casados, pues ocurre si no lo que ocurre: que a la muchacha le salen novios por donde quiera que va ¡naturalmente! y tienen que dejarlos con la boca abierta y marcharse en el primer tren para no tener que contar todo. ¿No comprenden que callarlo es peor? ¿No comprenden que los pretendientes se harán así más ilusiones que no se harían si la supieran casada? ¿No comprenden que obrar así equivale a tomar un billete perpetuo de circunvalación por el globo? ¿No podrían evitarse el turismo diciendo que eran casados?; ¿qué inconveniente hay para ello?

—Pues ¡cuál ha de haber, señor! El inconveniente tremendo de que no habrá jeroglífico, entonces, y no podrán estarse las gentes intrigadas durante dos actos devanándose los sesos para averiguar lo que pasa...

—Y ¿qué pasará, quiere decirme qué pasará cuando la gente se entere de que pasa una cosa tan..., permítame usted, tan absurda?

—Pues ¡no pasará nada, hombre de Dios! Yo soy un hombre de teatro.



XIMENEZ HERRAIZ

Dib. XIMENEZ HERRAIZ.—Madrid.

—¿No te da vergüenza tener miedo de tu mujer?

—Si no tengo vergüenza. Es que como te veo con la porra en el aire, se me ha paralizado la circulación.

Yo sé que en el momento de destapar la caja de sorpresa bastará, para que no pase nada, conque salga un buen actor que sepa decir, convencida y rotundamente, cuatro o cinco o diez frases de efecto... Yo le apuesto a usted cinco mil pesetas a que aplauden.

—Ah, pero ¿usted también apuesta, como Azorín? ¿Usted es también un hombre de teatro a su manera, nueva, original, shakespeareana?

—No, señor, no; Azorín no es un hombre de teatro a su manera, nueva, no apuesto como él miles de pesetas nominales en apuestas imaginarias; cuando yo le apuesto que aplauden es que aplauden...

—Pero joven, mire que eso que me ha contado usted no es de Shakespeare; es de no sé qué folletín que yo leí hace sesenta años: *Ni soltera, ni casada, ni viuda*.

—Sí, señor; mi drama podría titu-

larse *La huérfana de Bruselas* o ¡qué falta hace una madre!; *Adúltera y virgen* o *los derechos del alma*; *Casada con su padre* o *desdichas del infortunio*... Estoy conforme. Pero yo sé que toda la justificación de la obra ha de correr, la noche del estreno, a cargo del señor Morano; y al señor Morano, ya se sabe: si le dejan hablar no le ahorcan. Cuanto diga parecerá natural, justificado, punto menos que forzoso. Y no ahorcándole a él no ahorcan al autor...

—Es verdad joven; es verdad... Sabe usted por donde se anda... Es usted lo que se dice todo un hombre... de teatro. Pero, a ver, diga, haga el favor. He oído decir que ese caso de matrimonio no consumado puede siempre quedar disuelto y, por lo tanto, en ese drama no hay drama ante el Derecho Canónico. ¿Es eso verdad? Yo de eso no entiendo una palabra.

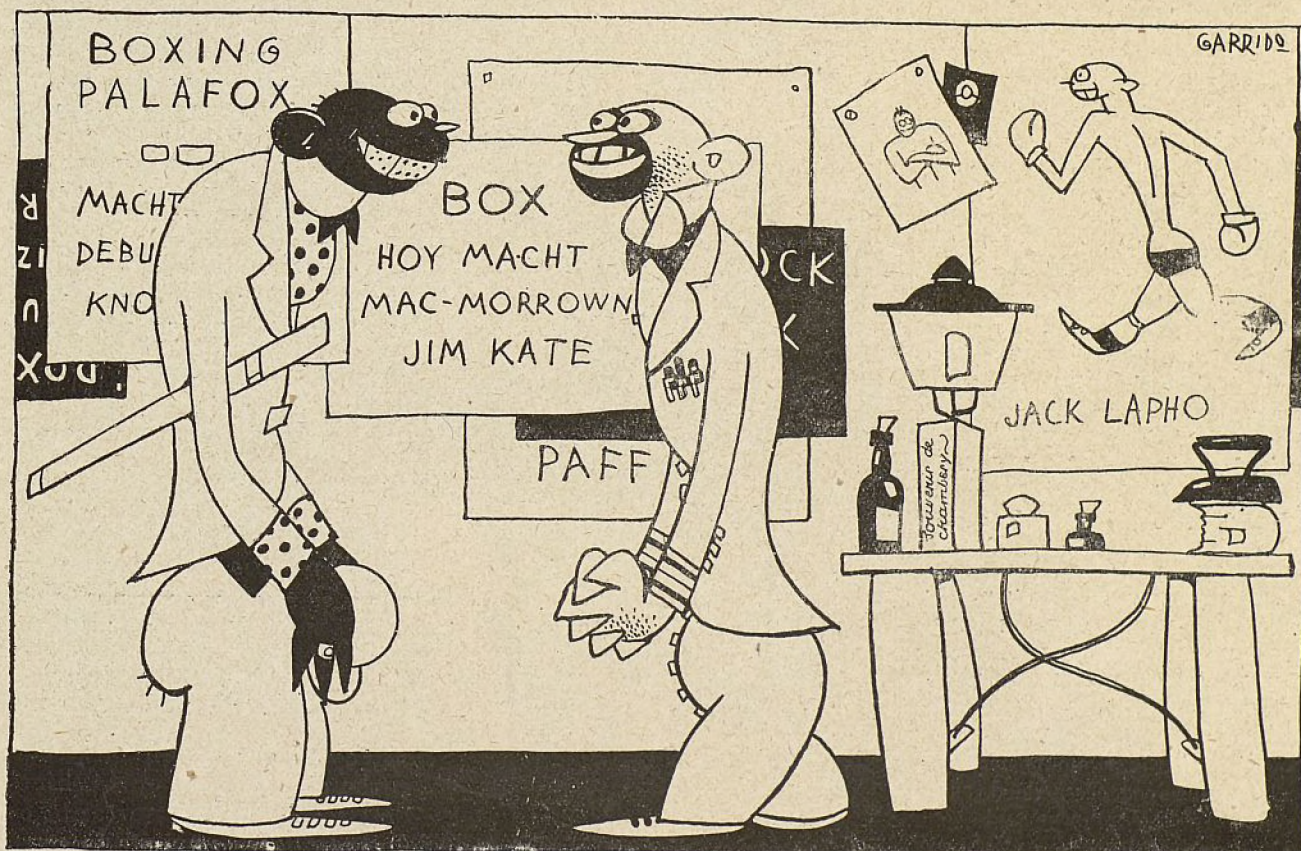
—Eso me han dicho, sí, varias personas que han conocido mi drama. Pero es que si yo en mi drama digo que el matrimonio no se ha consumado lo digo por prudencia, pero dejando margen para que el buen entendedor piense y vea que yo me quiero referir a todos los casos posibles de consumación. En la obra, como en ciertos cabarets, no importa la consumación. Aunque la consumación sea mala, se paga igual. El conflicto es el mismo. Yo hago decir a mi protagonista, al final, que no hay más leyes que las de nuestro amor y nuestra vida. Si los jóvenes, pues, se quieren, ¡adelante con los faroles!

—Antes los pases; ahora los faroles. La tauromaquia continúa...

—¡Caballero!...

—No se sorprenda usted... Es que también yo soy todo un hombre... de teatro.

MANUEL ABRIL



—¿Y dice usted que el "macht" duró sólo dos minutos?
—Sí, señor.
—Entonces no fué "macht", fué menos.

Dib. GARRIDO.—Madrid.



La puntualidad, por C. E. Thompson

Al cumplir veinte años, Patricio Hallorán había recibido más de una docena de proposiciones para colocarse en importantes ciudades de Irlanda, pero todas fueron rechazadas ante la más segura y lucrativa que el señor Joshua Jorann le ofreció en sus oficinas de Londres.

La buena fortuna de Patricio coincidió con el nacimiento del nuevo año por lo cual juró por las cenizas de sus abuelos llevar a la práctica ese viejo refrán de "año nuevo, vida nueva", y enmendarse para siempre de la horrible falta que constituía su desgracia y sin la cual hubiera podido pasar por modelo de jóvenes irlandeses.

El defecto, el gran defecto de Patricio lo constituía su falta de puntualidad. Y maldecía el joven por décimoquinta vez, mientras se afeitaba de prisa y corriendo para no llegar tarde a la primera entrevista que iba a tener con su futuro jefe.

En efecto, a la primera entrevista llegó con retraso; menos mal que la carta recomendatoria del padre O'Shea le libró de un disgusto.

La mañana del primer día que ingresó en el servicio del agente, detúvose excesivamente saboreando el desayuno y llegó cinco minutos más tarde de la hora de entrada. Mr. Joshua Jorann frunció el entrecejo, mas no le hizo la menor observación molesta.

A medida que los días pasaban mayor era la lucha que Patricio sostenía con su defecto. Pero era inútil; todas las mañanas llegaba tarde a la oficina.

Y cada mañana el ceño del jefe se alargaba de un modo inverosímil.

La tempestad estalló al fin el día 12 de enero. Cuando un hambriento y barbudo Patricio trepó hasta el piso de la oficina con cerca de dos horas de retraso, Mr. Jorann no pudo contenerse y lo acogió con feroz expresión.

—Si mañana—rugió—no está usted aquí a las nueve en punto, ya puede ir a escardar cebollinos a su tierra y comunicarle a su padre que no se puede hacer carrera de usted.

Patricio estuvo preocupado todo el día, tentado por las espantosas visiones de un retorno ignominioso a la morada paterna, y cuando, después de su trabajo regresó a la casa de huéspedes de la calle de Brixton en que se hospedaba, estuvo durante varias horas paseándose por su cuarto reforzándose

RON BACARDI

en la resolución de ser puntual. ¿Había que hacer un esfuerzo? ¡Pues lo haría!...

Y cansado de tanto cavilar se metió en la cama.

Un rayo de sol tibio se deslizó por



—¿Sóis parientes?
—Sí, señora; pero muy lejanos, aunque seamos hermanas.
—¿Cómo es eso?
—Porque de trece hermanos, yo soy la primera y ésta es la última.

De London Mail.

su rostro haciéndole entreabrir los párpados. Danzaba la luz alegremente sobre las ropas amontonadas encima de la silla, como invitándole a vestirse.

Saltó del lecho, consultó el reloj de pared y se dispuso a vestirse, animado por la idea de que aún le quedaba una hora para llegar a la oficina.

Afeitóse, desayunó rápidamente y corrió como un loco hacia la oficina, consultando todos los relojes que encontraba en el trayecto, lleno de júbilo, al mismo tiempo que maravillado de que fuese capaz de ser puntual.

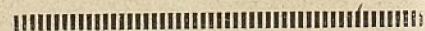
Cuando loco de alegría, penetró en el despacho, Mr. Jorann se levantó del asiento y le tendió un sobre con dinero, al mismo tiempo que hacía una mueca de desprecio.

—Es usted incorregible. Puede marcharse—le dijo a Patricio—. Además no necesito decirle dónde estuvo ayer todo el día, ya que ni por la mañana ni por la tarde vino usted por aquí.

Sin comprender, Patricio miró el calendario que adornaba la mesa del señor Jorann.

¡Horror! ¡Aquel día no era el trece sino el catorce!

R. C. R.



CONCURSO PARA LOS LECTORES DE BUEN HUMOR

Salvador Cuesta, Montera, 10, tenía el propósito, y continúa con él, de entregar al favorecido con el primer premio de su concurso cien pesetas en «Objetos de Broma» del importante catálogo de su acreditada casa.

Concursantes: vuestro buen criterio os habrá hecho suponer la omisión de este detalle en el concurso que en el número anterior anunció Salvador Cuesta, Montera, 10.

FRICOT

POLVOS NENS. Evita las escoriaciones. Excelentes para la piel. Venta en perfumerías, farmacias y droguerías.

F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

KORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

M. T. H. Barcelona.—No sirve.

C. S. E. Valladolid.—Ya hemos dicho un sin fin de veces que BUEN HUMOR no admite desahogos líricos dedicados a las mujeres amadas de los caballeros poetas que se empeñan en favorecerle.

Pangalos. Madrid.

Lo que nos manda Pangalos merece unos cuantos pales.

Por cuya razón, si tiene la bondad de decirnos sus señas, tendremos mucho gusto en ir a propinárselos a escape.

D. Y. Valencia.—Es más tonto que la histórica y consabida mata de habas.

Kiki.—Aprovecharemos dos dibujos de los tres que envía. ¡Vaya éxito, amigo! ¡A poco más que hubiera usted apretado, aprovechamos los tres!

M. Monleón. Valencia.—No podemos complacerle y lo sentimos, querido ché.

Melita. Madrid.

Los dibujos de Melita son muy poquita cosita.

Omer.

¡Hoy no puede ser, Omer!
¡Por supuesto, ni hoy ni ayer!

Catastrófico.—Mucho más catastrófico que lo que usted ha podido pensar, mi amigo.

Sibarita. Madrid.

Si en vez de ser escritor, se metiera usted a pocero ganaría más dinero y a mí me haría un favor.

El favor señaladísimo de no tener que leer enormidades como esta que se ha sacado usted de la cabeza (o de lo que sea).

E. M. Madrid.—Gracias a la feroz memoria de que aquí disfrutamos, hemos podido recor-

dar que tanto *La historia de Pepe Rodale* como los versos fueron rechazados a su debido tiempo, y comunicado a usted el rechazo en esta sección; y lo único que lamentamos es que usted haya vuelto a traernos a la memoria aquel dramático momento de locura que, en vano, hemos pretendido olvidar tantísimas veces.

NO NOS HAN GUSTADO NADA.—Los dibujos que nos han remitido últimamente los hasta ahora no laureados artistas que siguen: J. H. V., Lengimlanac, T. M. (Manzanares), Pipiol (Barcelona), Máximo (León), D. López (Madrid), Lozano (Tetuán), Oller (Barcelona), Maurice (París), Fhe-Hitho (Madrid), Dur (Málaga), Arrizola (San Sebastián), Compadre (Sevilla), Astarot (Logroño), H. M. (Barcelona), Campazas (Valladolid), Jap (Madrid), T. H. V. (Madrid) y Pedro Asensio (Carabanchel Bajo).

C. Z. Málaga.—Ilustre y desmadejado colega: su artículo *Días grises*, si no bien del todo (para qué vamos a engañarle), no está tan asesinamente mal como otros que encienden nuestros furiosos literaticidas; pero, ¡ay!, concluye con un pirópo a BUEN HUMOR que lesiona gravemente nuestra modestia y nos impide publicarle para que la gente mal pensada no crea que aquí pagamos bombos y reclamos y otras sutilezas por el estilo. Y crea usted que deploramos el tener que tomar esta determinación porque nos ha sido usted la mar y los peces de simpático.

Petrejo. Albacete.—¡Pero, hombre de Dios, o es usted un ingenuo primaveral o es usted un perverso detentador de la propiedad ajena!... ¡Mira que enviarnos el mismo dibujo que publicó el señor Vigil Escalera en el número 171 de nuestro semanario y tener la osada candidez de firmarlo!... ¡Es para que le frían a usted un huevo..., y para que luego no dejen que se lo coma y

se lo den al gato más cercano que haya!...

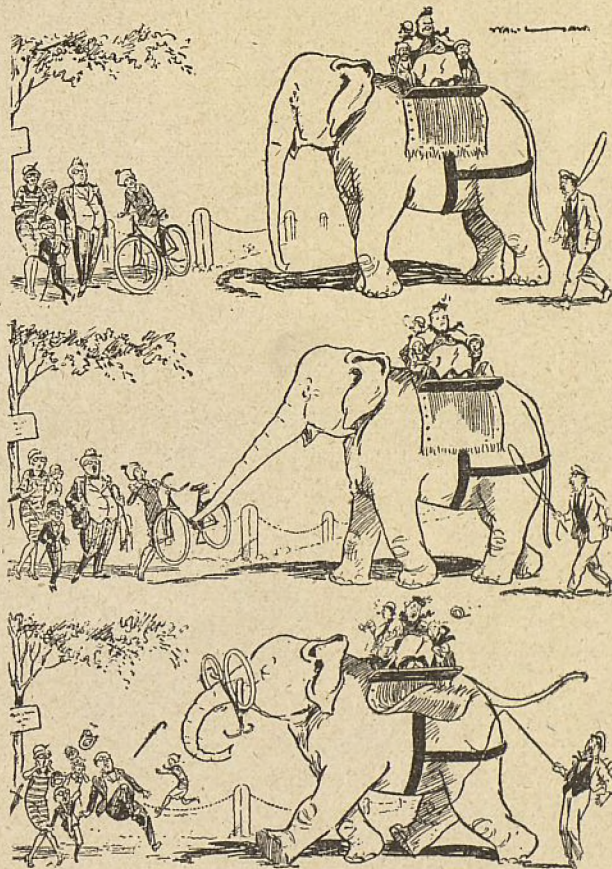
Amigo. Barcelona.

¡Perdona si te lo digo:
qué asno eres, amigo Amigo!

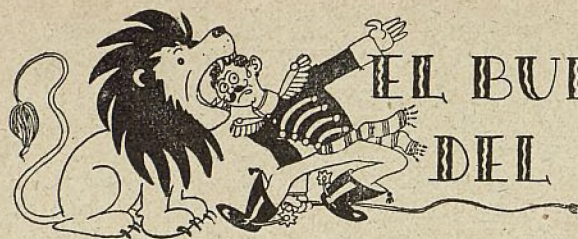
Alvaro del Pinar. San Sebastián. De sus copiosos y fenomenales envíos, admitimos para su publicación lo del chaqué, lo de las almas trágicas y lo del excéntrico; y rechazamos para siempre las encinutrias tituladas *Seis horas y pico fuera del mundo*, *Una conversación embustera* y *El atropello*.

Fernán Jall. Zaragoza.—Como usted, en su amable carta de ofrecimiento de sus inenarrables originales, nos pregunta si debe seguir probando, no tenemos más remedio que contestarle que pruebe lo que quiera, incluso la escasa cena que diariamente disfrutamos y que ponemos a su disposición.

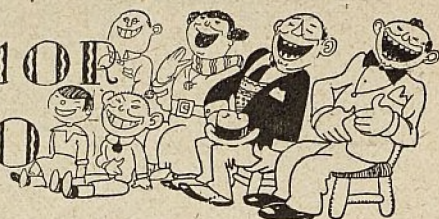
Pero, si prueba usted, procure meditar un poco más sus trabajos literarios, ya que advertimos que hay destellos de cierta gracia que, mejor administrados, podrían conducirle al soñado y anhelado puerto de salvación.



Curioso efecto de un elefante con lentes en el Parque zoológico.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el «Concurso de chistes»».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

—¡Oiga, camarero! ¡Este pescado está podrido, y yo le he pedido pescado del día!

—Sí, señor; pero como usted no ha dicho de qué día...

Ruy Blas.—Ceuta.

—¿Adónde vas tan desesperado, amigo León?

—¡A la casa de socorro!

—¿Pues qué te pasa?

—¡Casi nada: que entro en un comercio por tela para unos pantalones... y me han dado un corte!

Saile Anad.—Lora del Río.

—¿En qué se parece la Iglesia de San Martín a unos recién casados?

—En que pasan por la Luna y salen por el Desengaño.

Candelas Peñalver García.

—Me han dicho que tienes una mujer muy entera, ¿eh?

—No lo creas. En mi casa no anda nadie más que yo. Ahora bien, cuando mi mujer se enfada, como se pone muy bruta, me da cien patadas.

Alvaro Ruiz.—Mara (Zaragoza)

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En una librería:

—¿Me da usted Seis personajes en busca de autor?

—Imposible. No tengo más que uno.

—¿Pues y los otros?

—Se han ido vendiendo.

Clinio Gutiérrez Garrote.—San Sebastián.

Baturrada.

—Maño, m'han dicho que te casas.

—Eso ice la gente. Aluego veremos.

—¿Y quién es la bestia que va a cargar con tú?

—Tu hermana.

Juar Maeso Moreno.—Barcelona

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Callos y durezas. Rápidamente se curan con



CALLICIDA CERCAVINS

Único que los estirpa sin molestia ni dolor.—Se remite por paquete postal previo envío de dos pesetas.

Depósito: Farmacia Cercavins—Unión, 5.—Barcelona

Un matrimonio tenía diez hijos, todos morenos, que se diferenciaban en dos años de edad. Al cabo de siete años tuvieron uno rubio y al marido le escamó esto, pero no hizo comentarios. Llegó un día en que el marido enfermó gravemente y, al verse agonizar, llamó a su mujer y le dijo:

—¡No quiero morir con una duda! ¡Fúrame que este último hijo es nuestro!

—¡Te lo juro —contestó la mujer—. ¡Muérete tranquilo! ¡Es nuestro y bien nuestro! ¡Los que no son nuestros son los otros diez!

Don Nadie.—Madrid.

HOMBRES MODERNOS ¡DESECHAD PERFUMES AFEMINADOS



AGUA COLONIA-EXTRACTO
LOCION-RHUM QUINA-FIJAPELO

Para Caballero

EL HOMBRE DEBE OLER COMO A HOMBRE

—¿Cómo debe llamarse un individuo que va por la calle con una facha muy rara y con una chica de la mano?

—Cristóbal Colón.

—¿Por qué?

—¡Hombre, por la pinta y por la niña!

El tío Paco.—Zaragoza.

Receta para librarse de las chinches:

Se rodea la cama de anzuelos. Llegan las chinches, ven los anzuelos sin cebo y no pican.

Chinito.—Valladolid.

Paseando una vez por la feria de Sevilla un señor que tenía la pierna de palo, tuvo la desgracia de que le atropellase un auto y le partiera la susodicha pierna. Una señora que había presenciado el accidente, afectadísima, empezó a dar gritos diciendo a los

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

curiosos que rodeaban al atropellado:

—¡Pronto! ¡Este hombre a la casa de socorro!

Y el cojo contestó con la mayor naturalidad:

—¡Qué casa de socorro ni qué porra! ¡Que me lleven a casa del carpintero!

Miguel González Prado.

Alhucemas.

Un borracho pide limosna tranquilamente, y un caballero le da diez céntimos diciéndole:

—Esto será para concluir de emborracharte, ¿verdad?

Y responde el mendigo:

—Si le parece a usted mejor me compraré una pianola.

L. Colomina.—Oviedo.

Para que resalte
del diente el esmalte,

una cosa basta:

Adquirir de *Orive*, y que nunca
[falte

Dentífrica Pasta.

El colmo de un escultor:

Modelar el Cuerpo de Seguridad.

Pepe de Campanela.—Santiago.

Un andaluz que iba en un burro, tuvo la desgracia de caer a tierra a tiempo que pasaban varios graciosos que se echaron a reír. Y el caído, encarándose con ellos, les dijo:

—¿De qué se ríen ostés, compadres? ¡Si ya me iba a bajar!

R. Moya.—Tercio.



HERNIAS
Bragueros científicamente
J. Campos
único MÉDICO
ORTOPÉDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Una señora envía a su niño con la criada a casa de un señor que se llama Salustiano Maraña y el niño rompe a llorar.

—¿Por qué lloras?—pregunta la madre.

—¡Lloro porque si don Salustiano *maraña*, me va a hacer mucha pupa!

Rafa.—Barruelo.

Dos amigos están en lo alto de la torre del Círculo de Bellas Artes.

—Chico, qué hambre tengo! —dice uno de ellos. —

—Pues no seas tonto: tirate a la calle y te haces una tortilla inmediatamente

Marcelino Vergara.—Madrid.

El colmo de un cojo:

Pisar a un ciego y hacerle ver las estrellas.

José Minué Franco.—Ceuta.

Un cristiano, un moro y un judío apostaron quién de los tres aguantaba más tiempo en un corral donde había encerrados cuarenta cerdos.

La apuesta se llevó a cabo y a los cinco días salió el cristiano diciendo que allí no se podía estar más tiempo sin reventar.

A los diez días salió el moro, medio asfixiado, y diciendo que no veía modo de aguantar más.

Y a los quince días salieron los cuarenta cerdos, dejando sólo al judío y poniendo unas jetas de terror que querían decir que le aguantase Rita en su compañía.

J. Gómez Zurita.

Cala del Quemado.

Un mendigo llora desconsoladamente y un transeunte se le acerca solícito.

—¿Por qué llora usted, pobre hombre?

—Porque, como usted habrá leído en los periódicos, ha muerto el millonario López.

—¿Era acaso pariente suyo?

—No, señor. ¡Por eso lloro!

Ricardo Olivares.—Sevilla.

Estaba un individuo refiriendo el peligro que había corrido al caerse a un pozo.

—Si no llegan pronto en mi auxilio me ahogo. El agua me llegaba ya a los tobillos.

—Entonces el peligro no era tan grande.

—Es que me había caído de cabeza.

Yo.

¿Cuál es el oficio que pone de peor humor al que lo cultiva?

El de afilador, porque se trabaja echando chispas.

Juan Casals "Casalini".

Barcelona.

El colmo de un jugador de fútbol.

Acompañar a la novia hasta su casa y dejarla en la portería después de haberle dado la patada...

L. M. Sotam.—Ceuta.

Un paleta va a ingresar a su hijo en un colegio particular, y el profesor le dice:

—Tiene usted que comprarle al muchacho una Enciclopedia.

—¿Una qué...?

—¡Una Enciclopedia!

—¡Ah, no, señor! ¡Que venga a pie!

Chelines.—Villada (Palencia).

¿Cuáles son los hombres más criminales?

Los acomodadores de teatro porque todas las noches dejan en el sitio a más de cien personas.

Risca.—Málaga.

UNION COMERCIAL DE ACEITES

Salgado y Compañía, S. A.

Compradores de aceites de oliva. Venta exclusiva al consumo interior de España
Oficinas: REINA, 45 dup., Madrid

Entre bandoleros.

—Juan, ¿de qué murió tu padre?

—De tristeza al ver que se ahorcaban.

Miss Eva Hill.—Madrid.

¿Cuál es el animal cuya hembra está siempre encima del macho?

La suela, que está encima del suelo.

Manuel Caramazana.—Larache.

Un pollo *pera* (a varios amigos).—¡Ayer me han dado un estacazo que me han hecho un bollo en una clavícula!

Los amigos.—¡¡¡ Su padre!!!

El pollo.—¡No! ¡El padre de mi novia!

Carlos Atienza.—Madrid.

—¿Has encontrado un coche de punto para traer a mamá de la estación?

—No, porque todos son muy chicos para ella, que es tan voluminosa.

—No importa. Vete y coge el primero que veas, que como sea de punto ya dará de sí.

Pala Encía.—Palencia.

En la consulta.

—Sí, señor. No hay más remedio que amputar el dedo gordo.

CUPON

correspondiente al núm. 264 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

—Bueno, doctor, pero al menos háganos alguna rebaja en el precio.

—¡Imposible! ¡Únicamente podría rebajar algo cortando dos o tres dedos!

Ferniet.—Madrid.

El maestro.—¡Vamos a ver, niños, cuál de vosotros resuelve este problema: tengo cinco naranjas, me dan once y de-

De su catarro endiablado aquí el ruido se percibe.

¿Qué piensa ese desdichado que no usa Jarabe ORIVE?

¡Vuelvo siete! ¿Cuántas naranjas me quedarán?

Todos los niños permanecen mudos.

El maestro.—¡Cómo! ¿Ninguno responde?

Un niño.—¡Perdone, señor maestro! ¡Es que el maestro

EL MEJOR JABON

Fabricado con aceite de orujo
SALGADO Y COMPAÑIA, S. A.
Oficinas: REINA, 45 duplicado
MADRID

del año pasado hacía siempre los problemas con castañas!

Guillermina Ortiz.—Gijón.

¿En qué se parecen los soldados del Tercio a los perros perdigueros?

En que llevan detrás a los cazadores.

Basilio Tejedor.

Ingenieros de Melilla.

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR
EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly
ROSELLO 402 BARCELONA

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera» Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor selecta» Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte» La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 pesetas, según cabida.



Depilatorio Belleza El único que ha obtenido GRAN PREMIO. Han certificado eminencias médicas e higienistas, que el Depilatorio Belleza es un preparado racional, científico, práctico, inofensivo e higiénico. Tiene fama mundial para quitar de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, cogote, etc., sin perjudicar el cutis. Resultados rápidos y sin molestia ninguna.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

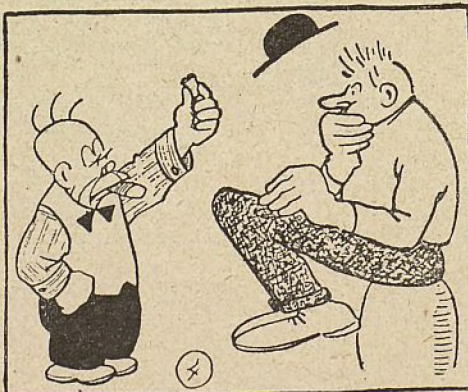
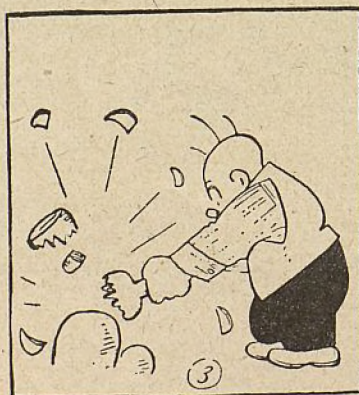
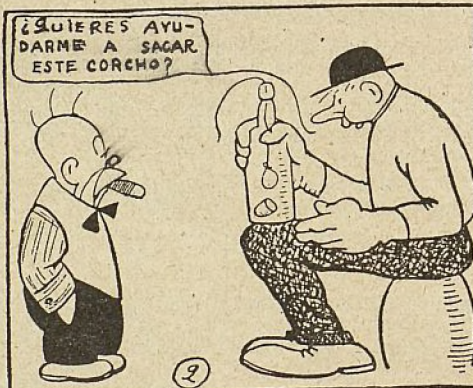
A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS para el cutis

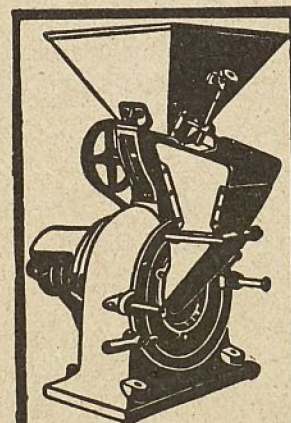
DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



FACIL AYUDA

De Humoristické Listy.—Praga.



MOLINOS

de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradores. — Desintegradores. Cortadoras. Tamizadoras. Inmenso surtido.

Pídase catálogo

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

insecticidas de

Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos

BUEN HUMOR



- Sí, Laura, no me deja papá que me case contigo.
—Pero, ¿por qué razón?
—Pues porque dice que eres una joven imberbe.

Dib. SAMA

Ayuntamiento de Madrid